

sufrir profundas transformaciones estructurales que aún están por verse.

II.6 En tal contexto, las universidades han de contribuir a decir a nuestros pueblos la verdad de su situación-límite. Y junto a ellos deberán formular propuestas que ayuden a superar la mera rebeldía y la protesta estéril. Estas propuestas habrán de responder a una dinámica de lo posible, de algo posible que parecerá y será pequeño en comparación con nuestras necesidades y esperanzas. Si son necesarios los ajustes estructurales, las universidades deberán contribuir al diálogo popular, a la búsqueda de alternativas y al desenmascaramiento de las falsas políticas que permiten el continuo desangre del pago de la deuda externa, la sobreacumulación en pocas manos y la exportación neta de capitales.

II.7 En terreno de lo político, las universidades deberán elevar la temperatura de las aspiraciones a la democracia. Lo que es bueno para el Este europeo, la libertad recobrada, no puede ser malo para nuestros pueblos latinoamericanos. La investigación y la proyección social universitarias deberán descubrir y alentar todos los brotes organizativos que amplíen y den consistencia a la sociedad civil. A fin de que la democracia, en vez de restringirse al ejercicio electoral, se desarrolle desde las bases de nuestros pueblos, en forma totalmente participativa. El conocimiento universitario, para ser legítimo y cristiano, tendrá que irse haciendo pan de cada día en la mesa de más y más grupos populares.

II.8 Cada uno de nuestros países, en solitario, no irá muy lejos. En mi vida de servidor de la justicia me he entusiasmado, por ejemplo, con la integración centroamericana, hoy en ruinas. Si esa integración no resucita y se amplía, al menos a México, no lograremos que el Primer Mundo nos trate de manera menos desigual. Nuestras universidades pueden aportar mucho a esta integración, ya que los gobiernos se han manifestado particularmente torpes al respecto.

II.9 Vivimos en una aldea global, pero desigual y desigualizante. Sin embargo, en los países del Norte hay minorías que, en un nuevo amanecer de humanismo (muchas veces explícitamente cristiano), desafían las políticas brutales de sus gobiernos frente al Tercer Mundo y encuentran en la solidaridad internacional una herramienta para abrir brechas en la civilización del capital. Nuestras universidades deberán apoyarse en esa corriente de solidaridad y aumentar el justo intercambio entre minorías del Primer Mundo y mayorías del Tercer Mundo. En

Centroamérica y en toda América Latina vivimos esta solidaridad. Ha sido una experiencia de gracia, de comunión de los honestos y de los santos.

### III. Conclusión

Comprendo que este aporte a un tema tan complejo y delicado, como el del rol de las universidades católicas en la tarea de evangelizar las culturas en América Latina, está pensado desde la muy particular situación centroamericana. No creo que haya recetas universalmente válidas para todo tipo de situaciones históricas, pero sí es posible hacer algunas generalizaciones válidas a partir de una realidad particular, en este caso una realidad martirial.

Estamos preparando la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y es muy conveniente hacerlo con la calma necesaria. Me alegro sinceramente de que la Pontificia Universidad Católica de Chile haya tomado la iniciativa de este encuentro y que haya sido precisamente la Federación de Estudiantes su promotora.

En la preparación de cada una de las Conferencias Generales del Episcopado de América Latina, nuestra Iglesia ha experimentado un "kairós". No siempre han sido momentos fáciles, porque también nosotros sufrimos en la Iglesia fuertes polarizaciones ideológicas. Pero al final de las Conferencias, tanto en Medellín como en Puebla, vivimos momentos de plenitud. El Espíritu del Señor es más fuerte que nuestras expectativas ideológicas y que nuestras teorías sociales y políticas. La opción por la justicia y por la vida de los pobres han generado Vida y Santidad en la Iglesia y en esas particulares instituciones de la Iglesia que son las universidades católicas.

Pienso que el esfuerzo realizado durante estos días en Santiago de Chile será una muy especial contribución al futuro de nuestra Iglesia. Concluyo agradeciendo a los organizadores de este encuentro la oportunidad que me han concedido para hablar de nuestra concreta experiencia centroamericana, junto al Señor Arzobispo de Santiago, Su Excelencia Monseñor Carlos Oviedo, con la esperanza de enriquecer la reflexión sobre la forma de evangelizar nuestras culturas desde nuestras universidades.

- (1) Lawrence J. Mc. Ginley, S.J., (Presidente de la Universidad Católica de Fordham), *La función de la Universidad Católica, en la Universidad en el siglo XX*, Ed. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, 1951.

## 2. DECLARACION DE SANTIAGO

### Centros de Estudiantes Universidades Católicas de América Latina

Nosotros, estudiantes de las universidades católicas de Latinoamérica, reunidos en Santiago de Chile, reflexionando juntos a la luz de aquellas enseñanzas del documento de Puebla y del magisterio de la Iglesia sobre universidades católicas que desde nuestra perspectiva—contienen mayor riqueza y presentan los más altos desafíos en la hora presente, hemos examinado la realidad de nuestras universidades latinoamericanas constatando con profunda preocupación lo siguiente:

- 1) Que las universidades católicas no han sido, para nuestra Iglesia latinoamericana, una opción clave y funcional de la evangelización, como lo anhelaban los Obispos reunidos en Puebla, sino que han sido abandonadas a su suerte en un mundo cada vez más caracterizado por la ausencia de Dios.
- 2) Que aquella urgente tarea que la Iglesia se impuso para el mejor servicio a sus universidades, de dar a conocer eficazmente el mensaje del evangelio en el medio universitario, respetando la

libertad académica, inspirando sus funciones creativas, haciéndose presente en la educación política y social de sus miembros e iluminando la investigación científica, está dramáticamente lejana de hacerse realidad en la experiencia concreta de tantas universidades católicas del continente.

- 3) Que, por último (y sólo por señalar los asuntos que creemos son más graves), en lo que atañe a su misión propia, han sabido ser iluminadoras de los procesos de cambio de estructuras, ni han sido capaces de formar líderes verdaderamente cristianos para una nueva sociedad, según el encargo que se depositó en ellas; y que su actual nivel de calidad y funcionamiento es insuficiente para cumplir acabadamente el mandato de sobresalir por su excelencia académica, por su intransable compromiso con la verdad, y por su permanente actitud de búsqueda de soluciones a los acuciantes problemas de nuestros países.

Con dolor constatamos que nuestras universidades católicas, en

general, han fallado también en lo que es su primordial misión educadora: la de formar personas sobresalientes, no sólo por su preparación intelectual, sino también, por su testimonio de fe, por su integridad moral y por su compromiso con la creación de un nuevo continente más justo y fraterno.

Las universidades católicas no han sido, en suma, ejemplo de cristianismo vivo y operante en América Latina.

El diagnóstico precedente constituye para nosotros, jóvenes de Latinoamérica, una llamada urgente a la acción transformadora. Lejos de caer en la desolación, estamos llenos de esperanzas para el porvenir de nuestras universidades y de nuestro continente. ¡No otra cosa que un gran signo de esperanza y de alegría es este Primer Encuentro Latinoamericano de Estudiantes de Universidades Católicas! Por ello, somos hoy capaces de proponer, con toda nuestra energía, estos principios orientadores que son expresión de los anhelos y opciones más profundos de los estudiantes de las universidades católicas de América Latina, para nuestra Iglesia, para nuestras universidades y para nosotros mismos.

### PRINCIPIOS:

- \* La catolicidad es la identidad misma de nuestras universidades. Ella debe conducirla a una vivencia profunda y sincera de los valores del evangelio al interior de los claustros, haciendo de nuestras universidades católicas verdadero testimonio de comunidad solidaria en Cristo. Esta identidad se expresará, especialmente, en la participación como norma de dirección de las instituciones, en la libertad como espíritu del quehacer académico, en la solidaridad fraterna como principio de las relaciones interpersonales, y en el diálogo sistemático como instrumento de búsqueda de la verdad.
- \* La opción preferencial por los pobres es, para nuestras universidades, la exigencia acuciante de una especial manera de mirar y servir al mundo, a nuestras sociedades y a sí mismas, en un diálogo humilde desde y con los pobres, en quienes Cristo se manifiesta con predilección.
- \* Las universidades católicas no pueden descuidar su excelencia académica. Tienen el deber de destacar por su calidad y seriedad entre todas las instituciones de su tipo, constituyéndose en modelo de ellas.
- \* Los estudiantes universitarios queremos que nuestras universidades católicas asuman su vocación de ser conciencia crítica y creadoras de la sociedad. En este esfuerzo, cada miembro de las comunidades universitarias tiene una responsabilidad personal que cumplir, pero los estudiantes tenemos la especial misión de provocar e impulsar el desarrollo de esta conciencia.

En concordancia con los principios antes enunciados, y consecuentes con la esperanza y espíritu propositivo que nos ha animado en esta reflexión, sometemos a la discusión de nuestros Obispos, rectores, profesores y hermanos estudiantes, las siguientes tareas concretas respecto a nuestras universidades:

### TAREAS

- 1) El punto de partida de la misión evangelizadora de toda universidad católica está en reconocerse ella misma como necesitada de evangelización. Debemos ser capaces de construir comunidad cristiana en su interior, de manera de hacer viva la identidad específica que las inspira, y así contribuir desde la experiencia personal de conversión y de fe compartida, al necesario y permanente cuestionamiento sobre el sentido y vigencia de lo católico en ellas.
- 2) Una universidad autoritaria, ni es universidad, ni es consecuente con los valores del evangelio. Por ello planteamos la urgente necesidad de abrir mayores espacios de participación efectiva de los distintos estamentos (académicos, estudiantes y funcionarios) en el gobierno y desarrollo de nuestras instituciones. Junto con lo anterior, reconocemos también lo indispensable que resulta fomentar con gestos

concretos un clima de diálogo y escucha, donde todos sus miembros se reconozcan necesarios y valiosos para la universidad.

- 3) La universidad católica debe servir a la sociedad concreta en que existe — hoy marcada por los procesos de democratización política, por la aguda crisis económica, por la urgencia de la paz y por la destrucción del medio ambiente— y ser solidaria con los que más sufren en ella. En este sentido la opción preferencial por los pobres plantea prioritariamente dos tareas concretas para la universidad católica de Latinoamérica:
  - a) la de iniciar un proceso decidido para disminuir la creciente elitización económica de ellas. Esto implica, sobre todo, asegurar que el ingreso y permanencia de los estudiantes no esté determinado por factores socio-económicos.
  - b) la de orientar las distintas funciones y disciplinas universitarias hacia la pobreza, apoyando proyectos de investigación social que nos permitan conocerla mejor, incorporando al currículo cursos relativos al mundo popular y experiencias reales de encuentro y comunión con pobres de rostro concreto; y, por último, por medio de la creación, en todas nuestras universidades, de un espacio interdisciplinario destinado principalmente a la docencia, extensión e investigación sobre la pobreza urbana y rural, así como al desarrollo de proyectos de promoción social.
- 4) El diálogo entre fe y ciencia es parte esencial de la misión evangelizadora de la universidad católica. Este diálogo, en el contexto de la nueva evangelización, implica una revitalización del papel que juegan las Facultades de Teología en nuestras casas de estudio.
- 5) Nuestras universidades deben ser centros privilegiados de encuentro y valoración de las culturas de nuestros pueblos, con especial preocupación por las culturas indígenas, tanto a nivel local como latinoamericano.
- 6) Para el mejor desarrollo de nuestras instituciones, se requiere un decidido impulso al intercambio universitario a nivel continental. Especial mención merece la necesidad de fortalecer los estudios de post-gradados en Latinoamérica.
- 7) Hacemos una especial exhortación a nuestros Obispos para que, conscientes de lo fundamental que resultan las universidades católicas para la tarea evangelizadora de la cultura, y de lo crítico que resulta la evaluación del desempeño de ellas en comparación con lo señalado en Puebla, impulsen un proceso abierto y profundo de discusión al interior de las universidades en el que, no ya sólo los estudiantes, sino toda la comunidad universitaria, emprenda el camino de la reflexión sobre la misión de las universidades católicas en este momento crucial para el continente y para el mundo.
- 8) Además de lo anterior, solicitamos a nuestros Obispos y rectores que respondan a éstos planteamientos y a aquellos que los complementan, que han sido el fruto de serias y fecundas meditaciones. Si aquellas autoridades entablan diálogo con nosotros, será ese un gesto muy importante, ya que vendría a ratificar en forma práctica la confianza y fe que los Obispos manifestaron tener en los jóvenes de Latinoamérica en la conferencia de Puebla.
- 9) Finalmente, todos nosotros nos comprometemos a mantener contactos y una coordinación fluidos entre nuestras organizaciones y a dar pasos conducentes a la realización de un segundo encuentro latinoamericano de estudiantes de universidades católicas. Para esto hemos creado la C.E.U.C.L.A. (Coordinadora de Estudiantes de Universidades Católicas Latinoamericanas) cuya misión será la de crear canales de comunicación y fortalecer el intercambio en pos de la construcción de universidades verdaderamente católicas y solidarias, que contribuyan desde el saber al cambio de las estructuras, y a la transformación de la sociedad actual, con la sola fuerza del evangelio, en una comunidad más justa, libre y solidaria, que es lo que nuestros pueblos se merecen.

Firmado en Santiago de Chile, en la sede de la Federación de Estudiantes de la Pontificia Universidad Católica de Chile, en el día 8 de Septiembre de 1990